CAPÍTULO XIII.

MARIANA DE JESÚS MÁRTIR DE LA MORTIFICACIÓN CORPORAL (CONTINUACIÓN).

SUMARIO. Ayunos progresivos. — Al fin no se alimenta más que del Pan eucarístico. — Anécdota. — Se hace flagelar. — Declaraciones de su confesor. — Advertencia al lector.

LA Beata Mariana, llamada á la vida unitiva con Dios, debía aventajarse en la abstinencia y ayuno, como todos los grandes contemplativos. «¿De qué manera se aparejó», pregunta el Padre Scaramelli[1], «Moisés para hablar á solas y cara á cara con Dios y sobre la cumbre del Monte Sinaí? Con el ayuno de cuarenta días continuos. ¿De qué modo se dispuso Elías para ver á Dios en la gruta del Monte Horeb? Con una semejante cuarentena de ayunos. Y ¿cómo mereció Daniel aquellas recónditas revelaciones y aquellas secretas verdades que leemos en su historia, sino con el ayuno de tres semanas enteras?» Ved ahí por qué la esforzada virgen quiteña dice con San Pablo[2]: «Castigo mi carne con incesantes fatigas, con largas vigilias, y con penosos ayunos.»

No es mi ánimo referir circunstanciadamente aquellos ayunos tan prodigiosos. Esta omisión parcial no perjudica á mi intento, que es poner de manifiesto lo extraordinario de aquellas privaciones voluntarias; antes bien, lo favorece. Lo grandioso de un edificio ¿no se conoce más bien considerando su conjunto que estudiando sus detalles? Tracemos, por lo tanto,

[1] Directorio ascético t. II, cap. II.
[2] 1 Cor. IX, 27; v. 2 Cor. XI, 27.

á grandes rasgos, las diversas fases, las incesantes y estupendas creces de Mariana en la abstinencia y ayunos.

Apenas vino al mundo, se lanzó y dió saltos agigantados por la carrera del ayuno y de la abstinencia. Como hemos apuntado más arriba, tomaba el pecho de su madre solamente dos veces en cada veinticuatro horas, y una sola vez en ciertos días de la semana, como se lee de San Nicolás.

Á los cuatro años de edad se contentaba con una sola y escasa refección diaria, y esto á las doce en punto. Á los seis años supo defender y excusar sus ayunos y abstinencia con tan buenas razones, que obtuvo de los suyos permiso para seguir su tenor de vida, salvo el caso de que peligrara su salud.

Á los ocho años ayunaba á pan y agua en ciertas épocas y vigilias del año; asimismo ya por ese tiempo ayunaba al *traspaso,* esto es, no comía ni bebía nada desde el Jueves Santo al medio día hasta el Sábado Santo al tocar á Gloria.

Á los once años pasó los cuatro últimos días de la Semana Santa sin probar bocado.

Que la esforzada niña se haya abstenido constantemente de carne, de huevos, pescado, leche y otras cosas por el estilo, no creo necesario decirlo; pero sí haré notar que sabía disimular tan hábilmente su mortificación, que ésta parecía más bien repugnancia natural que virtud.

No carece de edificación un hecho que trae el Padre Butrón: «El dulce, que ordinariamente es el manjar de los niños, fué para Mariana objeto de

una severa regla de privación absoluta, y una vez que tomando por inadvertencia un bizcocho mojado en agua, reparó en el azúcar de que parecía compuesto, lo arrojó, reprendiéndose por el culpable descuido.»

Si tales eran los principios de sus fervores, ¿cuáles no habrán sido más tarde sus progresos?

Su régimen habitual era por sí solo todo un ayuno, ¿qué digo? era un ayuno más riguroso que el que suele observarse comúnmente el Viernes Santo. «El alimento ordinario de la *Azucena*», leemos en su biografía, «no era otra cosa que una rebanada de pan y alguna fruta. Si se permitía tomar cosa caliente, era un plato de coles, sin otro sainete que el agua, cocidas y hasta sin sal.» Y cuenta que lo usual era contentarse con un pedazo de pan de varias semanas, mojado en agua, y tan poco que pesaba cuatro onzas apenas, y ese mismo pedazo de pan, subdividido por onzas, le duraba cuatro días, bastándole una onza cada veinticuatro horas. Y aun este escasísimo alimento lo acompañaba frecuentemente con hiel, hierbas amargas y ceniza.

Aquí viene á propósito una anécdota, consignada con la solemnidad del juramento en las Actas de la beatificación. El Doctor Don Juan Martín recomendaba á Mariana que, siquiera mientras estaba mala, tomase alguna cosa substanciosa; para convencerla, le dijo estas palabras de Nuestro Señor: «No de solo pan vive el hombre.»[1] Mariana contestóle con tales

[1] Mat. IV, 4.

razones, que lo dejó sin réplica. ¿Contestaría con la segunda parte del citado texto, donde se dice que el hombre «vive también de toda palabra que sale de la boca de Dios», y por consiguiente de Jesucristo, Verbo de Dios? No es inverosímil. Por cierto aquellos ayunos rigurosos y continuos arruinarían sus fuerzas físicas y hasta le causarían la muerte á no estar neutralizados interiormente con aquel sustento invisible y divino de que habla el arcángel San Rafael á los dos Tobías, como lo indicó Mariana en cierta ocasión. Habiendo aconsejado á su criada que ayunase á pan y agua, ella le respondió «que lo haría con mucho gusto, si fuese tan virtuosa como su patrona». «De tu parte está», repuso la santa, «poner los medios y hacer las diligencias; Dios cuidará entonces de conservarte la vida.»

El alimento diario de nuestra angelical solitaria era una onza de pan duro, alimento que, andando el tiempo, llegó sucesivamente á ser semanal, quincenal, hasta que, por fin, fué totalmente substituído por el Pan eucarístico, como lo diremos oportunamente.

Como se ha visto, la *Azucena*, convertida en verdugo de sí misma, se atormentaba cuanto podía; es más, buscaba solícita quién le diera tormento con mano generosa y robusta.

Siempre se hacía acompañar de alguna india, mayormente cuando iba á la iglesia. Con lo que, á más de contar con un testigo presencial de todas sus acciones, ventaja muy apreciable á los ojos de la fe, se proporcionaba la ocasión, en extremo grata para un alma celosa, de enseñar á su sirvienta á amar

mucho á Jesucristo. Entre esas indias que privaban con la esclarecida virgen, más noble que una reina, puesto que era la esposa del Redentor, se distinguió Catalina, por su discreción, buenos oficios y demás virtudes. Confidente de su angelical señora, le aseaba los instrumentos de penitencia y los vestidos horriblemente ensangrentados. Á la buena Catalina es á quien debemos no pocas particularidades que figuran en el Proceso. De la misma fuente está tomado lo que pasamos á referir.

Llamóla cierto día la beata Mariana: después de un hábil preámbulo, y bien estudiado exordio, le propuso, le pidió que la azotase. Á estas palabras se sobrecogió la cariñosa india, como herida de un rayo, protestó que era, no el verdugo, sino la esclava, la amante esclava de su señora. Mariana no desistió; antes bien rogó, instó, porfió, haciendo ver los bienes que de aquella flagelación resultarían para entrambas. Al fin Catalina empuñó el azote con mano trémula y acobardada. Aprontarse para el suplicio, hincarse de rodillas, á fuer de criminal, todo fué para Mariana cosa de un instante. Hiérela con el primer golpe Catalina, con el segundo y con el tercero: aquí se detiene, cual si le faltasen las fuerzas: arroja el azote, diciendo que ella prefiere ser la víctima, y no el verdugo. La esforzada virgen, más enardecida con aquellas primeras descargas, insiste con tono más suplicante y razones no menos imperiosas, para que continúe el tormento: «No, Catalina, no», dice, «no te canses; prosigue y ármate de furor contra mí, que con esto me ayudas á subir á la gloria; y te aseguro que si

me veo en ella, y tú lo sabes, habrás de gozar no poco de haber sido instrumento de mi dicha.» Acto continuo cae sobre Mariana una lluvia de azotes: tempestad, que no lluvia, es aquella feroz flagelación que dura hasta que la penitente, bañada en su propia sangre, queda harta de padecer, y sabemos que no era fácil hartarla de dolores. Este mismo favor, pues por tal lo estima, lo obtendrá en lo sucesivo muchas veces de la muy complaciente y bienhechora Catalina. Con cuánta verdad dirá con su Esposo crucificado: «Aparejada y pronta estoy para los azotes.»[1]

Antes de concluir este capítulo conviene desvanecer una objección que probablemente se habrá ocurrido al lector. Que la sierva de Dios, al hacer mortificaciones tan extraordinarias, tenga muy buenas intenciones, nos parece fuera de duda. Empero, ¿no será el juguete de ilusiones siempre posibles? ¿no obedecerá á caprichos de mujer? De ninguna manera, contesto. ¿Acaso no tiene esta esposa de Jesucristo crucificado por regla de sus acciones y conducta, la voluntad santísima de Dios, y por órgano seguro de ésta, la palabra del representante de Dios, su confesor? Ahora bien, ¿cuál fué en materia de penitencia la dirección, sobre manera prudente, del Padre Camacho? Él mismo lo dice en una carta dirigida á Don Cosme de Caso, cuñado de la santa virgen, después de la muerte de ésta:

«Las penitencias, mientras la regí yo, fueron raras y mayores que las que naturalmente parece

[1] «Quoniam ego in flagella paratus sum» (Ps. XXXVII, 18).

pudiera tolerar un cuerpo tan débil; si bien, por estar persuadido, después de mucha atención y examen, de que eran inspiradas de Dios, se las permití.» En seguida el Padre Camacho confirma someramente cuanto llevamos dicho en orden á la mortificación de su hija espiritual: «Seis y siete cilicios juntos traía muchas veces, y algunos de ellos de cardas. Las disciplinas, hasta derramar sangre en ellas, dos y más veces las hacía cada día. Dormía muchas veces amarrada á una cruz, otras sobre una escalera. Los ayunos milagrosos, porque, dejados los de pan y agua, que frecuentemente hacía á los principios; por espacio de algunos años no se desayunaba sino de quince en quince días, y entonces con una rebanada de pan que volvía á vomitar.»

Empero los permisos dados por el Padre Camacho, con ser amplios, no eran ilimitados: en casos dados sabía el prudente director poner trabas á los ardores de aquella mártir voluntaria, cuya mortificación interior anhelaba más que la exterior. En cierta ocasión le pidió cinco de los cilicios que usaba, los examinó y encontró crueles por demás; cortándolos por la mitad á lo largo, dice el Padre Butrón, se los restituyó, quedándose con tiras de cuatro dedos de ancho.

Admiro todas estas penitencias, dirás, lector benévolo, y bendigo á Dios por haber dado á una flaca y débil criatura fuerza para practicarlas; empero, admiro, sólo lo admiro; imitar esto no puedo.

Sólo he pretendido hacer contigo, diré apropiándome un pensamiento del Padre Scaramelli, lo

que hace un mercader con los que van á comprar á su tienda: «Abre sus alacenas y estantes, les muestra sus ricos géneros... no porque pretenda que aquéllos le hayan de comprar todo lo que les pone delante de los ojos, sino sólo para aficionarlos con aquella muestra á comprar aquellas cosas de que conocen tener más necesidad.»[1] Así yo te he puesto delante de los ojos una multitud de penitencias, entre las cuales hay muchas extraordinarias y desacostumbradas, no porque tú las hayas de practicar, sino sólo para que te enciendas con los ejemplos de la santa *Azucena* en deseos de penitencia, proporcionada á tus obligaciones, fuerzas y necesidades. Esto es ofrecer á Dios nuestro cuerpo, según San Pablo, como una hostia viva, santa, agradable y racional[2].

CAPÍTULO XIV.

MARIANA CRUCIFICADA EN SU CUERPO POR LAS ENFERMEDADES.

SUMARIO. Causas de las enfermedades de Mariana. — Enumeración de éstas. — Hidropesía. — Sed abrasadora. — Remedios de santos, esto es, peores que los males. — Sangrías frecuentes y prodigiosas.

MARIANA no fué menos mártir de paciencia que de mortificación voluntaria. Tales y tantas fueron sus enfermedades y achaques, que bien pudo hacer suyas estas palabras de Job, la gran figura de Jesucristo, *Varón de dolores:* «Me atormentas de un

[1] Direct. ascet. t. II, cap. VI. [2] Rom. XII, I.